

completo, y que ha sido redactado por una comisión de expertos; *La Seperazione dell'Economia dagli Stati; L'Hallesismo giudicato da un perito compiacente; La resurrezione della moneta di conto y Sintesi delle Prove.*—M. A.

HISTORIA

EL HOMBRE Y LA TÉCNICA, por Spengler, Oswald.

El problema de la técnica y de sus relaciones con la cultura no preocupa a los filósofos e historiadores sino a mediados del siglo XIX.

El siglo XVIII es fundamentalmente un siglo especulativo. Las ideas interesan más que los problemas prácticos; por eso los enciclopedistas y sus descendientes en toda Europa, tratan, antes que nada, de comprender lo que significa la cultura y el papel que representa el hombre dentro de la civilización. Es un siglo de análisis y de crítica. El renacimiento está en sus postrimerías y los hombres ponen en tela de juicio su concepto de la vida y sus interpretaciones filosóficas. Tales especulaciones preparan el criticismo de la época novocentista.

La vida, para los filósofos del siglo XVIII, resolvíase dentro del concepto naturalista, Rousseau y su doctrina del retorno a la simplicidad de la naturaleza, consideraba al hombre como un ser bueno e ingenuo al cual la cultura había

desviado de su verdadero camino. La técnica no contaba para nada. Tal filosofía, más cerca de la literatura que de las ideas generales, creía resolver el problema deteniendo el progreso para obligar al hombre a vivir más sencillamente y más de acuerdo con sus naturales condiciones de ser animal. El fondo de tal concepto tenía más de ensueño de poeta que de explicación científica del problema. La ética importaba más que la realidad.

Pero las guerras napoleónicas y las consecuencias que trajo para Europa, dieron potente relieve, al problema de la técnica. Aumentaron en forma considerable las industrias, los ferrocarriles hicieron el más lógico sistema de viabilidad y los barcos de vapor comenzaron a cruzar los mares, acercando los continentes.

Vino, entonces, la preocupación de la técnica. ¿Qué significa ésta dentro de la vida de la humanidad? ¿Cuál es su valor metafísico, sus consecuencias morales?

He aquí el problema que preocupa a Oswald Spengler y del cual nos ofrece en este volumen un anticipo de sus investigaciones (1). Su libro completa o mejor decir, resume, en forma general, la teoría del autor sobre la decadencia de la civilización occidental.

Analiza Spengler desde sus comienzos la lenta, pero fatal mecanización del mundo moderno y al mismo tiempo, prevé lo que va a suceder a la civilización occidental, heredera de Grecia y Roma. Sus

(1) Editorial Espasa-Calpe, 1932.

ideas sobre la bancarrota de la cultura europea no han cambiado. Continúa siendo el profeta de la disolución del mundo actual.

Ya no se trata de interpretar el problema, dice, según el gusto de algunos individuos, los casos y los acontecimientos en referencia a una tendencia nacionalista, a deseos y esperanzas. En lugar de decir: así debe ser o así debiera ser, aparece el inquebrantable; así es y así será.

Hemos aprendido, continúa, que la historia es algo que no tiene para nada en cuenta nuestras esperanzas.

La historia, no era, para los progresistas del siglo XIX, algo universal, en que estuvieran incluidas todas las razas. En el fondo, el progreso era la historia de los pueblos blancos, de los creadores de las grandes urbes; esto es, de los cultos.

La vida del individuo, animal, planta u hombre, es tan efímera como la de los pueblos y culturas. Toda creación sucumbe a la descomposición del pensamiento; toda invención, toda hazaña han de sumergirse en el olvido. Por doquiera vislumbramos cursos históricos de gran estilo que han desaparecido. Por doquiera encontramos delante de nuestros ojos ruinas de obras que fueron y de culturas que han perecido. ¿Qué nos importa la palabrería y farragosa alusión a las eternas conquistas de la humanidad?

Nosotros, hombres del siglo XX, comprendemos el instante. El camino del hombre moderno llega a

su término y el término es el abismo. Sólo en el punto máximo de las culturas, cuando éstas van a hacerse civilización, posee el hombre la facultad de ver agudamente el peligro.

Y esto lo ha comprendido el hombre del siglo XX.

La mecanización del mundo ha entrado en un estado de peligrosísima tensión. El rostro de la tierra se ha modificado. Dentro de algún tiempo más no habrá selvas, convertidas en papel, las cumbres más abruptas serán accesibles al hombre. Los animales y las razas desaparecen. La organización ha matado lo orgánico y vivo. Un mundo artificial cubre el cuerpo del mundo natural. La civilización es una máquina y todo, la vida, el amor lo quiere efectuar en forma mecánica. La máquina es un símbolo y ha matado el trabajo del hombre. La alegría de arar la tierra, rito de los pueblos, es hoy una función controlada por la manivela del tractor y de su motorista. Y el cansancio se propaga y el descontento nace cada vez más. El horror a las grandes ciudades es cada vez más agudo. Todas las cosas vagas e imprecisas, despreciadas al principio del siglo XIX, como el espiritismo y la teosofía están de moda. La humanidad huye desesperada de esta geométrica implacable deformación de la vida.

Hemos nacido en este tiempo, concluye escépticamente Spengler y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanza, sin salvación en el

puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano, cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta de Pompeya, y que murió porque al estallar la erupción del Vesubio, olvidáronse licenciarlo. Eso es grandeza y eso es tener raza. Ese honroso final es lo único que no se le puede quitar al hombre.—*Mariano Latorre.*

POESIA

DÍAS DE CANCIONES, por *González Carbalho*.—Viñetas de Pettoruti.

El señor González Carbalho es un joven escritor argentino que ya cuenta en su haber con numerosos libros, todos ellos escritos en verso, exceptuando *El libro de Angel Luis*. Según se manifiesta en la lista de obras, que viene en *Días de Canciones*, encuéntrase agotados, lo que indica que este autor es bastante leído en la República Argentina.

Días de Canciones es un libro de versos amorosos. «Cancionero de amor» lo llama González Carbalho. Sí, de amor, pero de un amor sin sollozos ni quemaduras, sin la violencia vigorosa de la pasión, sin el sufrimiento y el goce extremado a su culminación más alta, dualidad imprescindible en el sentimiento amoroso. El amor de González Carbalho es suave, desleído; de presencia muy pálida, desteñida. Un amor que parece no fuera de varón, sino más bien femenino por la dulzura permanente aunque nunca penetrante. González Carbalho

podría mostrar acaso con su libro aquello—para nosotros discutible—de que

el artista debe tener una buena porción de mujer en su composición. (Salvador de Madariaga).

Un aspecto fácil de observar en *Días de Canciones* (1) y que camina paralelo, en cuanto preponderancia, a la motivación y esencia amorosa de este libro, es el tono de pena, de pequeña tristeza que lo invade. El mismo González Carbalho lo insinúa bellamente:

Cancionero de amor
en que la pena asoma
su rosada pupila de paloma.
Lo ilustran la golondrina y la
[flor.

Esta pena, evidentemente discreta, por lo demás, está en perfecta consonancia con el amor también discreto que expone González Carbalho en las páginas de su última obra. Desgraciadamente, esta discreción de González Carbalho para expresar sus sentimientos hace a *Días de Canciones* un tanto anodino y apagado. La monotonía se encuentra con frecuencia y el canto se desenvuelve a menudo con una espesa lentitud. Solo de vez en cuando una imagen conseguida le proporciona animación; aunque parcialmente, en poemas aislados, no alcanzando a salvar la totalidad de los mismos, que es siempre desafortunada.

Pero, con seguridad, lo que más influye en el deficiente resultado de

(1) Publicaciones «El Inca», Buenos Aires.